

# DE LO BIEN QUE HABLAMOS...

*Alberto Eceiza Michel*



Ahora, en el cine y la televisión, lo corriente es oír cómo se acentúa la contundencia de ciertas parrafadas emitidas por los actores con palabrejas como "maricón", "cabrón", "hijo de puta", etc., etc. Por eso, nada tiene de extraño que la gente vulgar y corriente -como nosotros- nos reflejemos en ellos explayando nuestros sentimientos de una manera que escandalizaría a nuestros abuelos, aquéllos que para escribir una palabra considerada inapropiada para oídos castos, se limitaban a señalarla con su inicial seguida de puntos suspensivos, normalmente con tantos como letras tenía. Claro que, hablando, no se podían mostrar tan pudibundos. ¿Cómo intercalar en medio de una conversación: "m.....", "hijo de p...", "c....."? Habría sido la mar de pintoresco tanto tartamudeo.

Cuando el Nobel Camilo José Cela consiguió que la Real Academia de la Lengua admitiese los tacos entre las palabras "diccionariales", no hacía más que reflejar los modos y maneras de hablar -en la calle y en el hogar- de millones de españolitos, a la mayoría de los cuales no se les imagina siquiera que por la boca se les escapan continuamente vocablos impronunciados, hasta hace bien pocos años, para las personas educadas.

Aquí hay que hacer una distinción. Algunos de esos desahogos verbales llevan un tinte de ofensa a lo sacrosanto y pasan a la categoría de blasfemias. Como curiosidad, recordemos que los euskoparlantes cuando les da por ahí, lanzan sus "me cago en ...." en diáfano castellano para dar energía a sus encendidas peroratas en su lengua vernácula. Y, también muchos recordarán -quizá aún quede alguno olvidado por ahí- aquellos carteles colocados en frontones y otros lugares públicos, que multaban con CINCO PESETAS a los blasfemos. Si hoy se multase por lo mismo y dada la depreciación de la peseta, la suma ascendería por lo menos a las QUINIENTAS, y dada la frecuencia con que se oyen tales interjecciones irreligiosas en el hablar corriente, la penuria de las siempre ansiosas arcas de los Ayuntamientos tendría providencial alivio.

De todas maneras, al Supremo es frecuente mencionar en las conversaciones corrientes, sin llegar a la blasfemia, aunque tal mención no deje de ser poco ortodoxa a los ojos de la Iglesia. ¿Quién no dice frases como: "¡Estás como Dios!", "¡Me hace más falta que a Dios!" y cosas por el estilo?

Pero volviendo a las expresiones antaño malsonantes, la mayoría son de clara esencia sexual, salvo la universal palabra que mereció pasar a la Historia en boca del general francés Cambronne durante la batalla de Waterloo. Su rotundo "MERDE" es palabra que abunda en todas las bocas que es donde menos debía estar -¡Puaf, qué asco!- aunque no negaremos que equivale a un furibundo desahogo en muchísimos casos.

Soltamos "mierda" con tanta abundancia que, de no ser sólo un vocablo, estaríamos nadando en excrementos. El ¡mierda! se nos escapa a la menor contrariedad. Algo que nos sale mal: ¡mierda!; que nos dan esquinazo en una cita: ¡mierda!; que nos pegamos un martillazo en un dedo: ¡mierda! (o

algo más contundente)... Y, además, tenemos las frases hechas: "Este tío es un mierda", "Qué mierda de vida", "Que se vaya todo a la mierda", etc., etc.

Dejando para el estercolero esta coprofágica palabreja, la mayoría de los tacos, como señalamos más arriba, son de claro origen sexual. ¡Ojo al parche! ¿Qué es lo que más se pronuncia en cualquier conversación corriente? Derivaciones, cuando no las palabras simples y llanas de "joder", "coño", "cojones".

Comencemos por la primera: ¿Quién no dice u oye constantemente locuciones como: ¡Joder, qué pelma eres!; ¡Joder, qué tío (o tía)!; ¡No me jodas!; ¡A joder preguntadores!; ¡Ese tío está jodido!; ¡qué jodido estoy!... y muchas otras variaciones que harían estas líneas interminables? No negarán ustedes que se emplean a troche y moche tanto por los varones como por las féminas...

El segundo vocablo: "coño", en su acepción académica todos sabemos lo que significa y que, por lo tanto, añade mucha sal a frases como: ¡Coño, qué bonito!; ¡Me estás fastidiando, coño!; ¿A ti qué coño te pasa?; ¡Se fue al quinto coño!; ¿Qué coño quieres? (¡Qué suerte la del que pudiera elegir por lo menos uno al mes!); etc., etc.

En cuanto a la otra voz que alude a los atributos sexuales masculinos, no hace falta recalcar su corrientísimo uso, ya que la palabra, por sí sola, puede expresar admiración, alegría, sorpresa, disgusto, ira..., según su entonación. ¡Los cojones!... se dice cuando nos negamos firmemente a algo. ¡Vaya tío cojonudo!, cuando nos referimos a un Indurain, a un deportista en vena o a un señor agradable y simpático. Y si en vez de "tío" decimos "tía", no hace falta aclarar lo sugerente de la frase.

¡Qué cojones tienes!, se dice mucho y lo mismo admirativa que peyorativamente y en las tres personas del verbo tener. ¿Y quién no ha oído eso de: ¡Échale cojones al asunto!; ¡No me toques los cojones!; ¡Me sentó (o le sentó) como una patada en los cojones!; ¡Lo hago por cojones!; ¡Se me están hinchando los cojones!; ¡Me lo paso por los cojones!; etc., etc.? ¿Cuántas veces oímos mencionar a los testículos en frases que expresan todos los estados de ánimo del que los menciona?

Así mismo, si queremos aquilatar el valor de algo, decimos: ¡Eso vale un cojón! Y si lo consideramos aún más valioso, añadimos otro cojón, o dos, o tres..., por cojones que no quede la cosa. Y si queremos denigrar a alguien motejándolo de cobarde, con decir: ¡Ése no tiene cojones!, quedamos como unos castellanohablantes la mar de explícitos.

Hay otros vocablos muy empleados, tales como los señalados al iniciar este escrito, pero creo que ninguno llega a ser tan empleado en el léxico del ciudadano corriente como los que aluden a las partes pubendas. Sin embargo, no olvidemos que también es corrientísimo en nuestras conversaciones, alusiones al "oficio más viejo del mundo". La "puta" suele salir a relucir abundantemente...

Lo cierto es que ya no hay palabras impronunciables; éstas se endosan a troche y moche y, la mar de veces, como verdaderos exabruptos. ¿Es mejor, es peor? ¡Cualquiera lo sabe! Cervantes, Quevedo y otros genios de nuestro siglo de oro no tenían remilgos al respecto en sus escritos. Así que, ¿para qué preocuparse del auge tomado por eso que Cela llama "la sal" de las conversaciones?

Y como no es mi idea moralizar ni corregir las tendencias oratorias del común de las gentes: ¡Qué coño, terminemos de una vez con este casi panfleto!